

Ucrania, cómo hemos llegado a esto

Carlos LARRÍNAGA
Historiador y politólogo

Desconcertado y consternado por lo que está aconteciendo en Ucrania, conviene dedicar una reflexión para analizar, que no justificar, cómo hemos llegado a la situación actual. Según mi parecer, confluyen factores internos y externos. Empezando por los primeros, cabe recordar que Ucrania no es una república ex soviética cualquiera, puesto que tradicional e históricamente le unen lazos muy estrechos a Rusia. A este respecto, el 17% de la población se considera rusófona. Es un porcentaje inferior al de Letonia y Estonia, con un cuarto de su población de origen ruso. Sin embargo, entre el modelo báltico y el ucraniano hay una sensible diferencia: que este encaje de la minoría se resolvió mediante una profundización en la democracia. Cosa que en Ucrania no ha sucedido. Ucrania no ha sabido encauzar las diferentes lealtades nacionales existentes en su seno, algo que se podía haber hecho mediante un estado autonómico (modelo español) o federal (modelo suizo). Lo peor de todo es que los dirigentes de Kiev han tenido varias ocasiones para ello y no las han aprovechado. Las guerras secesionistas de Yugoslavia entre 1991 y 2001 pusieron sobre el tapete lo peor de los conflictos étnicos, con escenas dantescas como las de Srebrenica. Con posterioridad, en 2008, lo vivido en Georgia con las regiones de Abjasia y Osetia del Sur supusieron otra oportunidad para modificar la Constitución ucraniana en un sentido descentralizador. Más aún con lo ocurrido con la anexión de Crimea en 2014. De hecho, tanto el protocolo como los acuerdos de Minsk hablaban de arbitrar una autonomía para las autoproclamadas repúblicas populares de Donetsk y Lugansk, pero la iniciativa tampoco prosperó. En mi opinión, la cuestión ha radicado no sólo en que el nacionalismo ucraniano no ha estado lo suficientemente atento a las reivindicaciones de los rusófonos, sino también en que Ucrania carece de un sistema democrático pleno. Según la ONG estadounidense Freedom House, sería un país parcialmente libre, dentro de esa triple división que establece entre libres, parcialmente libres y no libres. Desde su acceso a la independencia en 1991, con la implosión de la URSS, la política ucraniana ha estado trufada de malas prácticas políticas, corrupción y exceso de nacionalismo.

Junto a estos factores internos, están los externos. Hemos asistido a continuas injerencias desde Rusia y desde Occidente. Siguiendo a Stone y Kuznick (“Estados Unidos en el siglo XXI”), Occidente rompió su promesa a Gorbachov de que la OTAN no se extendería hacia el Este tras su acuerdo de 1990 de permitir la reunificación de Alemania. Hubo garantías similares a los líderes soviéticos en los años 1990 y 1991, pero finalmente no se cumplieron. Con la desaparición de la URSS, en lugar de disolverse la OTAN (creada precisamente para defenderse de la amenaza soviética), empezó la cascada de ampliaciones en la Europa Oriental: en 1999 Hungría, Polonia y Chequia, otros siete estados en 2004, dos en 2009, otro en 2017 y Macedonia del Norte en 2020. Es decir, que la Alianza Atlántica, lejos de frenar su aproximación a Rusia, la ha ido cercando. Incluso en tiempos de Putin, quien en un primer momento hizo grandes esfuerzos para acercarse a Occidente y convertirse en un socio fiable. De hecho, no puso obstáculos a que Lituania, Letonia y Estonia, naciones fronterizas, ingresaran en la OTAN. Pero ante este progresivo avance y ante la posibilidad planteada por George W. Bush de la admisión de Georgia y Ucrania, el Kremlin reaccionó oponiéndose, al verse amenazado. El presidente ucraniano Yúshchenko contempló esta opción, pero con el nuevo mandatario, Yanukóvich, se descartó. A partir de entonces las protestas de los pro-occidentales aumentaron, de manera que, en noviembre de 2013, las

manifestaciones del Maidán en su contra le hicieron huir a Rusia, consumándose un golpe de Estado alentado por EEUU. Fue en este contexto cuando se produjo la toma de Crimea, península perteneciente a Rusia desde el siglo XVIII y entregada gratuitamente a Ucrania en 1954, dentro de la Unión Soviética. Con un ejecutivo nacionalista en Kiev, Moscú la tomó por estar en Sebastopol la flota rusa del Mar Negro, a la vez que se producía el levantamiento de los rusófonos del Donbás, estallando una conflagración que se debía haber resuelto con los incumplidos pactos de Minsk. Desde entonces, la situación, lejos de mejorar, se ha ido enquistando y los distintos ejecutivos de Kiev se han visto seducidos por los cantos de sirena de un Occidente, que, como se está viendo, ha dejado sola a Ucrania en la contienda. Porque no estaba preparada para entrar ni en la Unión Europea ni en la OTAN. Con las imprudentes declaraciones del secretario general de la OTAN, Stoltenberg, y del secretario de Estado norteamericano, Blinken, hablando de la política de “puertas abiertas” de la Alianza Atlántica, lo único que han hecho es generar falsas esperanzas a Ucrania y no garantizar la seguridad nacional de Rusia, que, como en el pasado, lo que busca es un espacio neutral a su alrededor, sin tropas y arsenales de la OTAN. Tras la agresión, ahora se impone silenciar las armas y negociar la paz ya. La guerra nunca es la solución.

27 de febrero de 2022

Publicado en *El Diario Vasco*, 1 de marzo de 2022, p. 23
 (“Cómo se ha llegado a la guerra”)